



Quiéren ustedes saber lo que son en rigor, Michoacán, los encargados del...

En el Casino Nacional se prepara un banquete, que no se sabe á quién irá dedicado, aunque el favorecido...

Se ha roto el trato y rescindido el contrato con la Collamarini en el Principal...

El Gobierno va á fundar un Instituto de Ciencias y ha hecho ya el nombramiento de Director en favor del distinguido...

guido y modesto sabio D. Leopoldo Bares Quatrefages.

En ese Instituto se van á enseñar todas las lenguas, hasta las de los diputados entrantes y salientes.

¡Duerman en paz los dioses de tezontle!

Al terminar la función de anoche en el Teatro Principal, se cometió un rapto por equivocación.

Al salir las artistas bien envueltas en sus abrigos, D. Rafael Tenorio se arrojó sobre una de ellas, la cargó, la metió en un flamante y lujoso carruaje que tenía cerca de la Noche Buena, y partieron al gran trote del gran trono.

La raptada chillaba como Doña Brígida.

Cuando él pudo verle el rostro, el divino rostro, á la raptada, que tenía por la Collamarini, gritó:

—¡Zapateta! ¡Qué chasco! Pues me he quedado..... ¡Zapatero!

HONORES AL DR. MONTES DE OCA.

¿Y LA MADRE QUE COME?

D. Francisco Montes de Oca tuvo buenos amigos, de esos que no lo olvidan á uno ni aun después de muerto, de los que no abundan ciertamente. En este año, aniversario de su fallecimiento, le llevaron coronas á su sepulcro y le pronunciaron discursos, más ó menos elocuentes.

Son buenos amigos, en prosa y verso. Pero entretanto le prodigan al finado flores naturales y flores oratorias, la señora madre del Dr. Montes de Oca, no cuenta ni con un pedazo de pan para alimentarse, y ¡pide limosna!

Vamos señores, ¿quieren ustedes hacer algo que deje al espíritu del Dr. Montes de Oca enteramente regocijado?

Pues abran una subscripción para que, con sus productos, pueda la señora madre del eminente cirujano, mantenerse y morir tranquila.

Hechos y no palabras. Dinero en vez de discursos.

SOMBRERERIA MEXICANA. Monzon número 3. Especialidad para sombreros de todas clases, precios muy económicos y puntualidad y esmero para los trabajos sobre medida.—Luis Migos y Cera.



AUTOPSIAS Y DISECCIONES

Anfiteatro parlamentario.

El modesto cirujano autor de estos trabajos de anatomía moral, no tiene la pretensión de haber llegado á la altura (1 metro, cincuenta centímetros) de los médicos legistas Silva y Maldonado y Morón. En cambio, se jacta de tener un procedimiento especial para sus autopsias.

Clasifica los cadáveres según el reino animal, vegetal y mineral.

De todos los hombres del comercio, de la banca, de la política, de la holganza va á ocuparse y, desde luego, comienzan por las Cámaras.

Mateos Juan A.

CLASIFICACION ANIMAL.

Mirada de águila y aleteos de guajolote. Su nariz y su lengua son de perico.

Por eso habla como un loro, quiere volar como águila y sólo sacude las alas. Su andar es el del león con cataratas. Sus ademanes de caballo de rito.

CLASIFICACION VEGETAL.

Visto por el lado de la oratoria, tiene más hojas que una lechuga y un sembrado de alfalfa.

El cree que todas son flores de una fragante elocuencia pero todo ello no pasa de un montón de pastura.

CLASIFICACION MINERAL.

No faltan individuos que supongan, y él lo supone también, que tiene un pico de oro, pero sólo posee el pico. Y algunos otros picos que con las dietas no se pueden cerrar.

No hay que buscar en sus bolsillos el vil metal, como en California y Klondike.

Derrocha palabras y dinero como un hijo pródigo.

Y aquí termina la autopsia del diputado. Ya le llegará su turno al literato.

ROENTGEN.

Quietos, niños.

Ya era costumbre que algunos empleados de Comisaría anduvieran de rumba á las horas de oficina.

Unos empleaban cuatro horas en comer, como si trincharan moscas y otros se iban á decirles pipos á las novias.

El Inspector general que, cuando quiere, se faja los calzones, acaba de acordar que esos niños jueguen al toro; pero sentados; es decir que no salgan de sus oficinas sino á horas determinadas.

Por algo se ha de empezar. ¿Cuándo les toca á los gendarmes?

MUBRA EL TELEGRAFO.

El progreso gobernador de Hidalgo ha mandado seguir la línea telegráfica de Huachuclilla. ¡Bravísimo! ¿Para qué sirven esos alambres y esos palotes? El que quiera comunicarse con Pacheca, que monte á caballo.

El Sr. Rodríguez fué telegrafista. Con razón dicen que no hay peor cuña que la del propio palo.

PARRAFO EMPASTELADO.

El ayer del día, un intestino le echó fuera á otro los cuchillos, con un afilado individuo, por celo de cuestiones. El asesino núm. 2 capturó al gendarme, inspeccionándolo á la conducción, viéndose luchado á una obligación entablada.

De esto tiene juez en turno el conocimiento, y es seguro que el Ministerio del Agente público será muy pedimento en su inexorable.

Ya dará más reporters nuestro detalle.

El hospital falleció al llegar al herido. En cuanto al tranquilo, se manifiesta matador.



Frégoli y Mémeris son dos personajes sugestivos, como ahora se está diciendo. Hay más: son dos modelos en los cuales están calculados los que en este bello país se dedican á la política.

¿Qué transformaciones y qué caretas en nuestros políticos?

Y sobre todo, ¿qué rapidez en el cambio de traje y máscara?

El que antier fué imperialista, y ayer liberalista y reformista furibundo, es hoy un conciliador manso y pasivo.

Cuestión de la ley de la evolución, que rigen los cabzones para disculpar sus disfraces y machinacapas.

Pero lo mejor es que tenemos políticos que delante de un general son partidarios del sable; cuando hablan con un abogado son prosélitos de la preponderancia de las letras; en la Cámara son constitucionalistas; en el confesionario, mochos redomados; con los cajoneros son los descamisados; de bracerero con un de la engorda son conciliadores y flexibles, y sobre todo adoptables.

Vamos, son de Chile, de dulce y de manteca, según el caso.

Las caretas se las cambian con una rapidez asombrosa, que dejarían fríos á los célebres transformistas Mémeris y Frégoli.

¿Qué en donde están? En todas partes. En los corredores de Palacio, en los Ministerios, en las Cámaras, en el Ejército, en el círculo de los Gobernadores, hasta en las oficinas de menor cuantía.

También se los encuentra á la vuelta de una esquina.

Ya los verán retratados en EL CHISME.

OFICINAS:

CALLE DE LEANDRO VALLE NUM. 1.

FOLLETIN NUM. 1.

CRIMEN DE CHAMBLAS POR Constant Guéroult.

I. LAS DAMAS.

El 29 de Agosto de 1840, cuatro personas estaban reunidas, jugando al whist, en el primer piso de una casa situada en la calle de las callas más extraviadas y más concurridas de la ciudad de Puy.

Estas cuatro personas eran: la dama de la Roche-Negly, condesa de Chamblas.

Madama Teodora de Marcellange.

Los abates Cartal y Drouet, curas del Puy.

Observando las reglas del juego hablaban una vez, por monosílabos y casi en susurros, de manera que el transeunte que hubiese visto al pasar, se habría dado por loco.

Si hay en toda la ciudad de Puy personas dichosas, sin pasiones, sin odios y en paz con su conciencia, son ellas.

Como siempre, las apariencias han engañado por completo al que ha emitido este juicio, pues había allí no menos dos almas cruelmente agudas, dos conciencias removidas profundamente.

La condesa de la Roche-Negly, pues tomaba este nombre de preferencia al de Chamblas, era una mujer de estatura, de una fisonomía muy agradable y casi juvenil aún, á pesar de sus sesenta años. Su actitud noble é interesante, su animada pupila, su mirada, sus labios finos y deprimidos, sus comisuras, la daban un aspecto imponente y poco simpático.

Madama de Marcellange, su hija tenía una notable parecido, pero su aspecto era defectuoso y sus facciones, más duras que nobles, estaban alteradas por las huellas recientes de la viruela.

Algunos años antes, la condesa de Chamblas, muy á la moda entonces y conocida en la alta sociedad de la ciudad de Lyon, absorta en los placeres y ocupada con sus triunfos para ir á vivir en París por su hija, había conocido que ésta casase con M. de Marcellange, pero puede decirse que sin haberlo sabido realmente en ese matrimonio.

Más tarde, la muerte de M. Chamblas y las cuestiones de interés suscitadas por este suceso entre la condesa y su yerno, la habían decidido á ir á vivir en la posesión de Chamblas que M. de Marcellange había arrendado, y entonces se manifestó el carácter de la fatal suena.

La condesa de Roche-Negly era muy altiva; creía que la nobleza es todo y lo puede todo.

Se comprende fácilmente la repugnancia que debió inspirarle la posesión de Chamblas, transformada en una basta alquería en la que todas las noches cenaban los aldeanos; se concibe el desprecio que debió experimentar por M. de Marcellange cuando vió que, como un verdadero gentilhomme campestre, adoptó el lenguaje y los modales de los que le rodeaban, no ocupándose más que de compras y ventas de ganado.

Dominada por estos sentimientos, recordó entonces y halló un placer cruel en recordar á cada paso, con las más despreciativas alusiones, que su yerno había desempeñado en época anterior, con el nombre ordinario de Villardin, un empleo en la sección de contribuciones directas.

Esta guerra sorda, pero feroz, no tenía sólo á humillar á su yerno y hacerle perder su consideración á los ojos de sus criados, sino principalmente á introducir en el corazón de su hija, el odio y el menosprecio que la animaban contra M. de Marcellange.

Lo consiguió fácilmente.

Madama de Marcellange, carácter altanero también, pero acostumbrada desde la infancia á someterse bajo la férrea mano de madama de Chamblas, que ejercía sobre ella la doble influencia de la autoridad materna y de una inteligencia superior; madama de Marcellange, que no había demostrado nunca la menor ternura por su esposo, pasó en breve de la indiferencia al encono, y aunque madre de dos niños de corta edad, consintió en abandonar á Chamblas para ir á habitar el Puy con la condesa.

Esta preparaba ya sus planes para la lucha futura.

Entre los aldeanos que tanta repugnancia le causaban, distinguió á un hombre, bajo cuya frialdad adivinó la inteligencia, la energía y el orgullo, y se informó de su vida. Supo que, de humilde porquero, se había elevado, en vida de M. de Chamblas, al papel de intendente, casi de amo, y que M. de Marcellange lo había hecho descender casi á su primera condición.

Esto hizo brotar en el alma vengativa

del aldeano un odio profundo, reconcentrado, contra M. de Marcellange, al mismo tiempo que una abnegación ilimitada hacia la familia de Chamblas.

La condesa exaltó estos dos sentimientos con grandes demostraciones de aprecio, con más poderosos estimulantes que no tardaríamos en dar á conocer, y llevó á este hombre en su unión al Puy. Este aldeano era Jaime Besson.

Jaime Besson, que, á más de su odio y su sed de venganza, ponía á disposición de la condesa sus siete hermanos, siete aldeanos robustos como él, especie de clan siniestro, mal reputado y muy temido en el país.

Pero, no es esto todo; para ser irresistible é inatacable en la batalla que preparaba, su primera preocupación, tan luego llegó al Puy, fué la de asistir á las iglesias con asiduidad, atraer á su casa á los sacerdotes y trabar relaciones con las personas más piadosas de la ciudad.

Una vez tomadas todas estas precauciones, la condesa de la Roche-Negly comenzó el ataque, entablado una demanda de separación contra M. de Marcellange.

Alarmado al pronto, M. de Marcellange no tardó en comprender que este acto odioso, así como todas las faltas que podía reprochar á su esposa, debían únicamente atribuirse á su suegra, y convencido de esto, no aceptó la demanda de madama de Marcellange. Resultó un proceso, que ganó, y en seguida encargó á un amigo que arreglara una reconciliación con su mujer.

La mediación del amigo, hasta la del Arzobispo de Lyon, se estrelló contra la inflexible voluntad de la condesa.

Obligado á recurrir á la ley, M. de Marcellange intimó á su esposa, por medio de un oficial judicial, que volviese al domicilio conyugal.

Madama de la Roche-Negly, indignada de la audacia del oficial público, estupefacta y sinceramente escandalizada de que semejante hombre se atreviera á presentarse en su morada, tiró el papel al fuego y no hizo caso alguno.

Entre tanto, los dos hijos de M. de Marcellange morían en el Puy en el espacio de algunos meses, y el padre no recibía ni siquiera un aviso.

Entonces, la condesa no retrocedió ante ninguna infamia, y sobornando á una mujer perdida, la mandó á la quinta de Chamblas, con la misión de hacer sorprender á M. de Marcellange en flagrante delito de adulterio.

Felizmente, M. de Marcellange no cayó en este lazo odioso.

¿Cuál era el interés personal de la condesa en este asunto?

Lo que quería la condesa de la Roche-Negly, lo que había esperado obtener con la separación, era adquirir de nuevo la posesión de Chamblas, y este deseo que constituía una idea fija, había tomado en su pecho las proporciones de una verdadera pasión.

Después de haber urdido en vano contra M. de Marcellange la vergonzosa trama que acabamos de contar, la condesa había parecido resignarse y, en apariencia, consagrarse á la devoción y al alivio de los menesterosos.

Pero, entre tanto, recibía misteriosamente las visitas de un joven campesino, llamado Arzac, antiguo sirviente de Chamblas, esclavo sumiso de Jaime Besson, muy adicto á las damas, como llamaban á la condesa y su hija, y sobre poco más ó menos capaz de todo, cuando su codicia estaba en juego.

Ahora bien, el 29 de Agosto de 1840, las dos damas de Chamblas jugaban al whist con los abates Cartal y Drouet, cuando una mujer entró, sin llamar. Era María Baudón, doncella de madama de Marcellange.

Esta María Baudón, medio aldeana, medio ciudadana, era una mujer de treinta años, de facciones caracterizadas, de fisonomía atrevida é inteligente, voz alta y resultos ademanes. Como Jaime Besson tenía dos pasiones en el alma: una adhesión ciega por las damas de Chamblas y un odio furibundo contra M. de Marcellange.

—¿Qué ocurre, María? preguntó la condesa con un tono de familiaridad en el que se mezclaba siempre cierta altivez.

—Ocorre que.... En fin, tengo que preguntar algo á la señora condesa.

Madama de Chamblas comprendió, por el tono breve y animado de su criada, que se trataba de algo grave; dejó sus cartas, se levantó y salió.

—Hay novedades, allá abajo, la dijo con viveza la criada.

—¡Ah! exclamó la condesa.

—Se marcha.

—¿Por mucho tiempo?

—Para siempre.

—¿Con qué motivo?

—El miedo.

—¿El miedo..... de qué?

María Baudón no respondió y hubo un instante de silencio.

La condesa fué la primera que lo interrumpió.

—¿A dónde vá?

—A Moulins, á casa de su familia.

—En ese caso, dijo con animación la condesa, ¿nos abandona la posesión de Chamblas?

—Al contrario.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que mientras está allí, conservas alguna esperanza de acabar con él, de un modo ó de otro, por medio de los jueces..... ó de otra manera; mientras que si se vá, perdes la posesión sin remedio, pues la ha arrendado á un hombre del pueblo, un labrador de San Esteban Lardeyrol.

—¡Miserable!.....

Este epíteto salió silbando de los labios apretados de la condesa, que comprendió, como María Baudón, que estaba partida y el arrendamiento de Chamblas destruirían para siempre la poca esperanza que conservaba de recobrar la posesión.

—¿Quién te ha dicho eso? preguntó la condesa después de un largo silencio.

—Arzac.

—¿Está ahí todavía?

—Sí, está aún en la cocina, donde le he dado de cenar.

—Dile que venga á hablarme.

Y la condesa esperó, andando febrilmente, y repitiendo esta palabra que tomaba en su boca una significación siniestra: ¡Miserable!

II.

EL PLAZO FATAL.

Arzac era un joven de veintitrés años cuya fisonomía móvil, los labios deprimidos y los ojos negros hundidos en las órbitas, revelaban la astucia, la audacia y la codicia. Sus fuertes y espesos cabellos le caían sobre la frente, á la moda del país, y ocultaban en parte su mirada inteligente y cautelosa. Vestía la chaqueta cuadrada y el sombrero redondo de los labriegos de la montaña.

Saludó á madama de Chamblas con una mezcla de torpeza y cinismo, y esperó que le dirigiera la palabra, dando vueltas al sombrero entre sus manos.

—Buenos días, mi buen Arzac, eres un buen muchacho, siempre adicto á tus amas.

—¡Oh! señora condesa, no hay que hablar de eso, respondió el zagal, con una humildad y una confusión muy bien imitadas, pues no experimentaba la menor turbación.

—¿Parece que te han dicho que M. de Marcellange se iba do Chamblas? preguntó bruscamente la condesa.